

Prólogo de Esther de Cáceres en “Teseo, los problemas del arte” de Eduardo Dieste

La edición, en la *Colección de Clásicos Uruguayos*, de este libro de Eduardo Dieste, actualiza las posibilidades de atención de los lectores frente a un escritor cuya obra, por su riqueza y profundidad, debe ser estudiada y libertada de injustos olvidos.

Seguramente esta soledad de una obra esencial se debe, en parte, al carácter de la misma, en razón de sus calidades y de dificultades que su originalidad plantea a lectores y críticos, generalmente no habituados a afrontar las obras en sí mismas, sin el esquema escolar o los apoyos que una autoridad más o menos auténtica les proporciona y que son –naturalmente– prejuicios con que se alimenta la mediocridad en funciones tan nobles como las de la lectura y la crítica.

Seguramente también este desconocimiento tiene una importante raíz en el estilo personal de Eduardo Dieste, quien poesía, junto a un poderoso don de renunciamento y libertad, una vocación de soledades que cuenta entre sus mejores signos.

Así su obra, testimonio de un proceso de pensamiento y de un proceso espiritual, y a la vez expresión literaria en la que se dan valores estilísticos realmente singulares dentro de literatura hispano americana, se conoce más en España, en toda la dimensión de su jerarquía y de su profunda originalidad. No conozco otros medios en que tal valorización se haya difundido, exceptuando a un grupo de estudiosos y de amigos fervientes en el Plata. Del resto de América no hay que pensar: ya sabemos bien a qué se reduce el llamado intercambio intelectual entre sus países, y los equívocos dolorosos creados por el más frívolo “turismo intelectual”, consignados en increíbles notas periodísticas o críticas, en más o menos pretenciosos juicios reveladores de una ligereza agravante que hiere a la dignidad de la cultura y a la sensibilidad de creadores y sentidores del Arte. Parecería que ningún autor de calidad se libra de tan vergonzosa prueba.

La obra de Eduardo Dieste abarca extensas zonas: Teatro, Ensayo, Crítica literaria, Crítica de Artes Plásticas, Novela, íntimamente ligadas en una unidad que supera a la división de géneros y que tiene su fuente en la unidad de un proceso íntimo, del ser frente al mundo, del ser frente a sí mismo, del ser frente a Dios, expresado en lenguaje de firme entidad que es el lenguaje de un clásico.

Tuvo el escritor una formación de gran riqueza y gravedad, en medio europeo; formación apoyada en firme tradición familiar. Tuvo además posibilidades de realizar experiencias singulares –ligadas a la voluntad y al destino de *Buscón Poeta*.

Por providencial don pudo, además, elaborar los rasgos de su estilo y pensar por sí mismo los problemas con una libertad dramática y un rigor austero, como si en él se cumpliera, en proceso vivísimo, el amplio sentido de aquella expresión aleccionadora: “religio es libertas”. Fiel a sus fuentes, la obra de Eduardo Dieste, obra de clásico, muestra a nuestros ojos las líneas de su pensamiento, en una expresión de firmes estructuras cristalinas, que no excluyen la flexibilidad necesaria para esta adecuación de medios a fines, notable en toda obra realmente viva, ni para la afirmación de una gracia gentilicia que resplandece, con señorío, en todas las páginas de este autor. Quizá en esa firme estructura, en esa severa forma, en esa riqueza sostenida de un lenguaje comparable al de los más representativos escritores de España, late el escondido pulso de esta tradición recibida por Dieste a través de su linaje y a través de su experiencia de vida española, en sus acentos cultos, en sus acentos populares, en sus más profundas fuentes folklóricas.

Quizá también esta flexibilidad graciosa que no turba tal firme estructura y en la que se asoma tantas veces el gesto gentil y la ternura de aquel ser, tiene conexiones con su raíz americana: con las imágenes de un paisaje uruguayo intensamente amado y vivido por el escritor: y con el alma y la expresión de su madre, mujer admirable nacida en nuestras tierras de Rocha.

En boca de señores, de pescadores, de marineros, de santas mujeres de pueblo, en Galicia, vi yo resplandecer los testimonios más hermosos sobre la presencia heroica y nobilísima de esta uruguayo que partió muy joven para levantar, en medio del dulce paisaje gallego, la casa hecha de piedra, de señorío y de amistad que todavía es refugio de fervientes romeros y en donde crecieron los años jóvenes de Eduardo Dieste, en el aire extático de Rianjo.

También de esto supe yo, a través de fieles voces amigas, en una versión que constituía para mí la réplica de algunas estampas que se encuentran en la obra de nuestro escritor. Así se le evoca, en los sitios tiernos y graves de Rosalía de Castro, en la luz de una remota primavera:

“Con Castelao hace por aquel entonces la pareja estudiantil más sorprendente de Galicia. Dan conferencias ilustradas, fundan el Archivo Humorístico, desatan diálogos y teorías que sacuden el ambiente... Las tentativas literarias de Dieste son, frente a las de Javier Valcarce, y descontando a Valle Inclán, ya plenamente consagrado, las que dan por entonces nueva hondura y vigor a la literatura gallega en castellano. Su primera obra *Leyendas de la Música* es premiada en un concurso de escritores gallegos”.

Apoiada en tal experiencia, la obra de nuestro amigo nos revela algo emocionante: la vida heroica de un hombre entregado a la meditación, al más riguroso estudio; al más personal, libre, arriesgado y valeroso estudio. De un hombre entregado a un constante inquirir sobre el gran misterio que nos rodea y nos invade; y a la vez a la acción generosa, a la misión de tipo cultural, a una terca y sacrificada tendencia didáctica. Como si fuera él un ardiente, un conmovedor testimonio de esta verdad poco sabida y tan poco vivida, que se consigna en la crítica hecha por Vaz Ferreira a la falsa antítesis entre hombres de pensamiento y hombres de acción, o tal la que resplandece en la parábola del rey hospitalario de Rodó.

Los pasos de Eduardo Dieste en el mundo, en la acción didáctica, en la rueda de amigos, se registran en su obra hasta en directos testimonios de singular valor para la historia de la cultura uruguayo. Así todo el proceso de la agrupación *Teseo*; así las huellas de su trabajo intenso como director de Liceo de Melo; en su plan sobre Enseñanza; en su proyecto sobre concursos y jurados para estímulo de los artistas; en sus traducciones excepcionales de poemas de Shakespeare, Chesterton, Shelly, incluidas en *Buscón Poeta* o publicadas especialmente (como los sonetos de Shakespeare en la edición del Instituto Anglo-Uruguayo).

En 1924, antes de alejarse del Uruguay, había fundado el grupo de *Teseo*. Los mejores artistas de país lo rodearon y él hizo de *Teseo*, con sus amigos, un verdadero “Taller de Arte y Pensamiento”. Esta agrupación recogida y severa, alejada del profesionalismo arribista y de la desoladora porfía no fundada en vocación ni en valores esenciales, libró una batalla heroica, que marca una época en nuestra cultura.

Lejos del Uruguay, en razón de sus actividades diplomáticas, mantuvo vivísima conexión con lo nuestro; fundó en Madrid la revista P.A.N. en la que publicaba textos de autores españoles y autores uruguayos según un criterio de selección acompañado de la más digna y graciosa presentación tipográfica.

A través de todo ese proceso, él trabajaba, con seriedad ejemplar y poderosos dones, en su propia obra. Es ella un verdadero espejo de su creador, registrando las experiencias dramáticas nutridas con sangre que el autor emprendía como batallas de un Quijote fiel, seguro de su trascendencia, adorador sin pausas del misterio del mundo y el misterio del Cielo.

Desde los lejanos días de *Buscón Poeta* y de un primer volumen de *Teseo*, la obra creció hasta etapas que sobrevinieron con nuevas apariciones de enriquecidos libros que seguían la primitiva línea y marcaban la progresión y la elaboración de los temas fundamentales

del autor. Así las últimas obras –*Teatro de Buscón*, *Teseo* (sobre problemas literarios) y algunas glosas entre las que se sitúan aquellas sobre la *Poesía de San Juan de la Cruz*, la *Invencción franciscana* y el fundamental ensayo *El tiempo épico*.

Las almas alertas recibieron la primera aparición de esas obras con el gozo y el deseo de comprender que ellas súbitamente despiertan.

Había dicho Alberto Zum Felde a propósito del drama *El Viejo*: “Es una versión moderna de la vieja parábola del hijo interpretada por una conciencia filosófica y realizada en obra de alto relieve literario. Amargo y yermo, este drama, que arraiga en la realidad fundamental de las cosas, ofrece la lección de experiencia necesaria con que la vida doma las vellos espíritus irracionales. *El Viejo* es una de las obras de mayor mérito en la producción dramática platense”.

Y frente a la narrativa de Eduardo Dieste, Gabriel Alomar escribía: “Algunos de sus cuentos recuerdan aquellos *fabliaux* que conservaron la herencia de Roma a través de la Edad Media y que saltan como chispas en las *sumas literarias* de los rapsodas de ese tiempo”.

Después de experiencias en varios sitios del mundo, volvieron a aparecer los acentos de aquel *Buscón Poeta* y de aquel *Teseo*. Y se dijo entonces al frente de la edición argentina:

“Buscón Poeta y este Teatro de Buscón contribuyeron a aplicar del modo más entrañable la personalidad de Eduardo Dieste y el gran mensaje de su estética. Lo mismo en las contemplaciones y aventuras que son asunto del primer libro, que en el escalofrío de estos dramas, la afirmación es del alma en crecimiento, la pausa es puesta por la fraternidad, que no quiere perfección exclusiva, salvación aislada, y el conflicto recóndito es el del hombre que necesita andar y desandar para llevar consigo a todos los hermanos, y cuando no puede más, para que le lleven. De ahí la honda vocación de Eduardo Dieste –¿qué fuerte poesía no la cobija de algún modo?– y la robusta cristiandad de sus conocidos ensayos sobre el teatro, la lírica, la novela, la raíz de los géneros literarios y las tendencias artísticas, en que jamás se disocia el arte de la vida, ni ésta de su misterio”.

Esta unidad de arte y vida, de vida y misterio, que el autor de *Teseo* persiguió siempre con una conciencia trágica, se relaciona con su carácter realista. Era realista en la verdadera acepción del término: la realidad total –fundada en la realidad espiritual– era el objeto de su inquirir, de su expresión siempre apoyada en auténticas experiencias y de su amor por la Poesía, que hubiera podido hacer de él un salmista, tal como asoma en algunos pasajes de su obra dramática y arrobada.

Por tal sentido de la realidad se emparenta nuestro artista con los clásicos y con la línea viva de los artistas contemporáneos que tienen esta actitud –un Chesterton, por ejemplo– y que afirman desde ella la raíz profunda de la creación. Así en la primera página del *Teseo* de 1938 se leen estas lúcidas palabras: “...los problemas literarios, que son, últimamente, los mismos de la metafísica generalizados en el plano misterioso de la existencia, cuya verdad ilumina el Arte”.

En las páginas del libro que hoy edita la *Colección de Clásicos* se estudia el proceso de las Artes Plásticas a través de tiempos y escuelas, ilustrándose la exposición con documentos de gran significado y calidad, con textos de creadores y críticos que Eduardo Dieste nos muestra en acertada antología y en glosa de vivo valor didáctico.

Junto a los capítulos en que se da la historia del Arte según ejemplos lúcidamente comentados, aparece el ensayo sobre *El verso corpóreo*, de original entidad, en sí mismo y en lo que respecta a la composición y plan del libro: la experiencia poética complementa a la experiencia plástica, irradiando una sobre otra su hermosa luz propia.

Hacia el fin del libro, en el capítulo denominado *Crónicas*, el autor estudia la obra de varios artistas plásticos del Uruguay. En estas notas –fechadas desde el año 1914 al 1923– puede el lector encontrar la historia fundamental de la pintura de nuestro país, durante ese tiempo. El autor incluyó, en *El verso corpóreo*, es decir, muchos años después, algunos conceptos sobre los mismos artistas estudiados a través de su evolución.

En tales *Crónicas* nos es dado conocer un excepcional ejemplo: el de la Crítica de Arte expresada con un estilo literario que tiene un valor *per se* y que confiere a la crítica una dignidad y un encanto fecundos.

Esta consideración nos ha decidido a entregar a la *Colección de Clásicos Uruguayos*, la última edición de *Teseo* aparecida en Buenos Aires. Entre las otras ediciones, optamos primero por la de Madrid (Pueyo), en la cual se había suprimido esa última zona de valoración de pintores uruguayos. No figura en ella el capítulo *El verso corpóreo* escrito años después; y sí un epílogo en que Rafael Dieste escribe un ensayo sobre Expresionismo en niveles de verdadera sabiduría y gracia de estilo que son en él característicos.

Elegimos esta edición última por considerar también que es de sumo interés conocer bien y actualizar la etapa de la pintura uruguaya que allí se analiza, relacionándola con el proceso ulterior de esa historia y con la evolución de los propios creadores.

En la exposición sobre los *Problemas del Arte*, cuya vigencia sigue tan viva, el lector encontrará, además de claves esenciales y permanentes, algunas lecciones que tuvieron, en el momento de aparición de *Teseo*, fundamental misión. Entre ellas, aquella que se relaciona con la distinción entre clasicismo y academicismo y el consejo que el autor dice con autoridad siempre expresada según cordial acento, que a veces revela una encantadora modestia: "...el taller y la contemplación de las grandes obras constituyen el medio adecuado a la cultura artística, su fundamento real inexcusable".

En cuanto a la distinción entre clasicismo y academicismo puede medirse la importancia capital que tiene en cualquier tiempo; y, en particular, en el momento de aparición de *Teseo*.

Creo que Rodó no había marcado tal distinción y que Eduardo Dieste la señaló con eficacia y oportunidad, apoyándose en elocuentes ejemplos de artes plásticas.

Muchos años más tarde, frente a otra generación espectadora de experiencias artísticas de variado valor y riesgo, Joaquín Torres García, llegado a nuestro país después de larga y crucificada vida en el extranjero, se dedicó, según la intensidad de su pasión generosa, a la crítica del Arte. Eduardo Dieste estaba lejos, y Torres fue quien retomó, con fuego, el magisterio. Lo hizo apoyado en una doctrina personal, en una experiencia profunda de pintor. También con un estilo literario propio, ese estilo que nace de la experiencia plástica y que se percibe en algunos pintores cuando escriben, como dibujando en el aire palabras plásticas, ritmos plásticos, de singular belleza. La lección de Torres García, fundamentalmente clásica, está por eso, en cierto modo y a pesar de las primeras apariencias, ligada a aquella lección de Eduardo Dieste. Y cuando el tiempo pase y se perciba con tranquilo espíritu el sentido profundo de la enseñanza de Torres García no será tan difícil poder establecer el puente que, en el proceso de la crítica de Artes Plásticas, une a esos dos momentos distantes en que esa crítica se formuló en altos dignísimos niveles. Son dos momentos intensos que, según sus muy diferenciados acentos, intenciones y medios, aparecen jalonando el proceso de nuestra cultura. Entre esos dos momentos, en lo que respecta a la crítica de Arte, hay en nuestro país una desoladora zona desierta.

Así como la obra crítica de Torres apoya su modo de expresión en su ser profundo y en su oficio de pintor, la obra crítica de Dieste nace de su ser profundo y de su experiencia literaria.

Es la experiencia de un gran estudioso y la experiencia de un escritor de grave conciencia. Sus obras, reeditadas y revisadas con amor y delicadísima cautela, nos revelan esa seriedad siempre alerta, ese heroico sentido del oficio en que se funda y resplandece la moral del escritor.

El voto de los amigos y discípulos de Eduardo Dieste es porque la *Colección de Clásicos Uruguayos* edite la obra íntegra del autor.

Además del valor que en sí mismas tienen las obras de distinto género que él escribió, ellas resultan unidas, íntimamente ligadas de modo tal que unas son verdaderos contextos de las

otras, y todas en su resplandeciente unidad de inspiración y estilo, constituyen el testimonio emocionante de una personalidad excepcional cuya nobleza conforta y alecciona.

Porque Eduardo Dieste está así revelado en sus libros de verdadera estirpe confesional. La imagen que en ellos vive es asombrosamente fiel a la que tenemos de él los que lo vimos y oímos mientras andaba entre nosotros con una presencia inolvidable, cuando se entregaba al intenso diálogo, a la acción generosa, a la contemplación conmovida del mundo y de sus seres.

La dignidad sombría y la luz que en esas líneas dice uno de los misterios del mundo – “el misterio de iniquidad” que dijo San Pablo– acompañó a *Buscón Poeta* en su última etapa, tránsito para los días en que aquel salmista, aquel peregrino, aquel ser profundo, podrá contemplar al fin gloriosamente lo que buscara “como en espejo” en la tierra preciosa, y en el secreto de su vida dramática y creadora.

Testigos lúcidos de su adiós a la tierra han dicho cómo no se quebró el estilo de su extraordinario vivir: y cómo halló para decirlo un sitio de gloriosa soledad como aquel soneto de Shakespeare, que él tradujo en la mejor versión:

“Cansado de todo esto, por una serena muerte clamo”.

Y así, en ese aire de dignidad sombría y de resplandeciente luz lo evocamos, como cuando entre fragantes cipreses –en aquel 5 de setiembre de 1954– dije yo en dolorido adiós:

Su grave estampa que tantas veces hizo pensar en nobles caballeros del Greco, por misterio que fue uno de sus más entrañables encantos, no excluye el recuerdo que nos deja su adorable gracia de *Buscón Poeta*.

Y así como en el Pórtico del Maestro Mateo –que tantas veces él contemplara cerca de la paterna casa de piedra en que vivió días juveniles y arduos– aparecen junto a las sagradas figuras mayestáticas, otras no menos sagradas figuras sonrientes y unos ángeles que danzan su gozo, así, en este aire de cipreses y lágrimas vive para nosotros el recuerdo de Eduardo Dieste, tal como nos lo dio en encantadores versos, su hermano Rafael:

Cuando se encienda la divina
llama de mundos que se van
veréis saltando a *Buscón* niño
en las hogueras de San Juan
la greña en desaliño
y en el puño un pan.

Grave señor, ágil romero, amigo entregado, encendido adorador de Dios, Eduardo Dieste nos acompañará siempre. Con su gentileza, su generosidad y su hondo amor fraterno nos dará la mano para ayudarnos a andar entre libros, entre salmos, entre cipreses, y más allá de todo esto, más allá de la última mineral montaña.

Esther de Cáceres.